

CUESTIONES DE PRECEDENCIA EN LA CORTE INGLESA DURANTE LA EMBAJADA DE GONDOMAR

Por LUIS TOBIO FERNANDEZ

El rey Jacobo I de Inglaterra, como es usual en los monarcas absolutos, estimaba que la grandeza y dignidad del soberano debía reflejarse en ceremonias y festejos de gran pompa que servían para que su imagen apareciera a los ojos de sus súbditos rodeada de una aureola casi divina. Aunque procedían, en gran parte, de sus antecesores, él quiso darles mayor relieve y ostentación sin reparar en desembolsos, con un derroche que le ponía, a menudo, en serias aperturas económicas, para espanto de sus tesoreros, sobre todo de Robert Cecil que, por temperamento y por haberse formado en la corte de la morigerada Isabel, aborrecía la inclinación dilapidadora de su nuevo soberano. «El rey está pobre porque gasta más de lo que tiene», decía Gondomar sustanciando en pocas palabras la situación económica del primer Estuardo¹.

De esas ceremonias y festejos, unos se celebraban ocasionalmente con motivo de acontecimientos singulares, como los nacimientos, bodas o visitas de personajes extranjeros o para celebrar el haberse curado de una enfermedad, y otros tenían lugar de modo regular en fechas fijas, como los cumpleaños, conmemoraciones de hechos sonados (por ejemplo, el aniversario de la Conjuración de la Pólvora) y, sobre todo, las grandes fiestas de los fines de año y comienzos del siguiente: Navidad, Año Nuevo y Reyes. Por otra parte, el rey celebraba a lo largo del año, cuando le parecía, diversas cacerías en sus hermosas residencias campestres que tenían espléndidos cotos y, por el verano, emprendía un viaje por tal o cual zona del país — que Gondomar, cultismo o anglicismo, llamaba «progreso»— en el curso del cual visitaba las residencias de los nobles que estaban en su camino, muchas veces con harta aunque disimulada consternación de los huéspedes que se veían obligados a obsequiar en grande al rey y a su séquito los días que tuviera a bien quedarse

¹ *Documentos inéditos para la historia de España*. Madrid, 1936-1945 (en lo sucesivo, DIE), II, 275.

allí. Hay que decir, además, que, aparte esos progresos y cacerías, Jacobo nunca permanecía mucho tiempo en Londres porque, según Gondomar, decía «que le mata la humedad del aire de este río junto con el mal humo del carbón de piedra que aquí se gasta en todas las casas»². Jacobo, como don Diego Sarmiento —que había alquilado una casa de campo a media legua de Londres a la que iba siempre que podía—, gustaba más de vivir en medio de la naturaleza que en la ciudad³. Puede decirse que sólo estaba en Londres cuando lo exigían las obligaciones de su cargo y, a veces, reduciéndolas al mínimo. Cuando el duque de Frías fue a firmar las paces en agosto de 1604, ya le advirtieron que la permanencia del rey en la capital sería breve y a tal punto lo fue que, apenas las juró, ordenó preparar inmediatamente la partida. Al llegar el momento de marcharse Frías, éste se enfermó y el rey, sin esperar a que el diplomático se pusiera bueno para poder despedirse, fue a su posada, le dio sus adioses y se largó seguidamente al campo. La verdad era que los palacios que tenía a orillas del Támesis (Whitehall, Hampton Court, Windsor, Greenwich y Richmond) y las mansiones campestres, que eran las que usaba para sus cacerías (Oatlands en Surrey, Havering en Essex, Eltham en Kent, Woodstock en Oxfordshire, Theobalds y Royston en Hertfordshire y Newmarket en Cambridgeshire) constituían una tentación para cualquiera. Pero cuando se piensa en lo trabajosos y molestos que eran entonces los viajes, y más con el personal e impedimenta de un traslado de Corte, cabe pensar que aquella manía peripatética de Jacobo era un verdadero desatino⁴.

Las cacerías que realizaba en una u otra de sus casas de campo significaban para él el mayor de los placeres. Por ser flojo de piernas, hacía sus cacerías siempre a caballo, que era como más cómodo se sentía, y en ese cabalgar se mostraba infatigable: podía estar persiguiendo a un ciervo un día entero. También aseguraba que las cacerías le servían para eludir a los pretendientes y no verse en el molesto trance de denegar lo que se le pedía⁵. Y en ellas, además, podía conversar en calma sobre asuntos de política con cortesanos o diplomáticos extranjeros. Tal sucedió con la invitación que hizo a Gondomar para una cacería en Theobalds en septiembre u octubre de 1613 y en la cual, después de comer, se apartó con él para informarle de que, contra el parecer de algunos de sus cortesanos, deseaba mejorar las relaciones con España y rogarle que así lo comunicase a su gobierno⁶; o con la que en el mismo lugar se celebró el 24 de julio de 1614 y que don Diego describe con tal detalle y colorido que nos parece estar contemplando un cuadro de la época.

Era, según él, «historia a propósito para los bosques» donde el rey Felipe debía hallarse por los mismos días. Por esa razón, se la relataba. Jacobo le

² TOBÍO, L.: *Gondomar y su triunfo sobre Raleigh*, Vigo, 1974, 259.

³ *id.*, 261.

⁴ WILLSON, D. H.: *King James VI and I*, Londres, 1956, 178 ss. HUMLEY, G.: *Endymion Porter. The Life of a Courtier*, Londres, 1959, 44 ss.

⁵ CHUTE, M.: *Ben Jonson of Westminster*, Londres, 1954, 120.

⁶ *DIE*, III, 116.

había avisado desde Theobalds, «una linda casa y parque», que dentro de dos días le esperaba en el campo a caballo a correr y matar un ciervo muy grande y muy valiente que había allí y se le había escapado el año pasado, «y que me convidaba también a comer consigo y que comeríamos como cazadores sin ninguna ceremonia». Gondomar agradeció el favor y como, por ser día de abstinencia, no podía comer carne, pidió que le tuvieran preparada alguna truchuela para conservar la buena opinión de «puritano papista» en que le tenía el arzobispo de Canterbury.

Llegó don Diego el día señalado a Theobalds a las siete de la mañana y salió a recibirle un caballero del séquito real que le preguntó si había almorzado, el respondió que no, pero que «aunque para mí era día de pescado no era día de ayuno», y el caballero entonces dijo: «Pues bebamos.» «Sacaron luego de un portamanteo una servilleta con un pancillo y un frasco de vino y dos tacillas llanas, tomó un poco de pan y diome otro poco y bebimos.» Poco después comenzó la cacería. El ciervo se hallaba en una manada de más de quinientos. «Procuráronle apartar y poner un podenco de guía en su rastro y soltaron luego más de otros cincuenta podencos tras él, que le siguieron en la forma que aquí se caza, con una música de aullidos y cornetas y gritos que hace muy entretenida la montería.» Los podencos nunca le perdieron el rastro, incluso cuando se volvía a meter en la manada. «hasta que el ciervo, rendido y desalentado, se fue a un gran estanque y en el agua anduvieron los perros nadando más de una hora tras él hasta que el rey ordenó que un cazador le tirase y de dos flechazos le mató. «Sacáronle a la orilla, abrióle el rey con un cuchillo, repartió con los perros los menudos y el ciervo le envió a doña Constanza.»

Luego se fueron a comer a Theobalds y, por el camino, Jacobo le fue contando a Gondomar cosas muy curiosas sobre la naturaleza y la caza de los ciervos. «Llegando a comer, nos dieron gentileshombres de su cámara aguamanos en dos fuentes», pero la mesa era tan pequeña que no cabían seis cubiertos por lo cual estaban los comensales muy juntos. Al rey le sirvieron carne y a Gondomar pescado, cosa que se tuvo por especial atención porque nunca se había puesto ese manjar en la mesa del rey. Don Diego estimaba también que el haberle invitado Jacobo a cazar y comer con él era una gran deferencia, pues no lo había hecho con ningún otro embajador desde que él estaba allí, sino sólo con el de Rusia, que era embajador extraordinario, y el de Francia, cuando llegó tres años atrás. Después de comer, Jacobo se entretuvo con el diplomático en temas que ya no eran de caza, sino de política⁷.

Entre las ceremonias de corte de carácter especial a que asistió Gondomar, se destaca la que tuvo lugar a comienzos de su embajada, el 13 de noviembre de 1613, para hacer conde de Somerset al vizconde de Rochester, el escocés Robert Carr, favorito del rey. «Hízose con grandísima solemnidad», escribía don Diego a su rey, «saliendo del aposento de Rochester él y todos

⁷ DIE, IV, 221 ss.

los condes con mantos de terciopelo carmesí forrados en armiños; llevábanle en medio el conde de Northampton y el Almirante adonde estaban el rey y la reina y el príncipe en una sala grande que se ha hecho aquí en palacio a imitación del salón de Vuestra Majestad por la buena relación que hizo de él este Almirante y los ingleses que fueron con él». El Almirante era, naturalmente, Nottingham, y la ocasión, el viaje para ratificar las paces de 1604. La sala a que alude era la segunda Banqueting House, mandada construir por Jacobo en 1609 a Iñigo Jones. «La espada, el bonete, la corona, los títulos con su gran sello y otras insignias llevaban delante condes, sus amigos; llegó a la presencia del rey donde, hincado de rodillas a sus pies, le leyeron los títulos; luego le puso el rey un bonete colorado, forrado también en armiños, y encima una corona comital en la cabeza, y los demás le fueron poniendo la espada y cota; con esto, los otros condes se pusieron sus bonetes y coronas en ellos y sonó la música de varios instrumentos, con que se retiró el rey y la reina a sus aposentos»⁸.

Pero las fiestas de más rumbo que se celebraban en el palacio real eran las de finales de año, las de Christmas y Twelfth Night o, como decía Gondomar, las Pascuas de Navidad y Reyes. El principal festejo en estas ocasiones lo constituía la «máscara». Estas «masques», de las que Gondomar vería en Londres no pocas, tenían en aquella corte más importancia que en otras porque, como aquél decía, por no haber en ella «capilla» ni otros actos semejantes, venían a sustituirlos⁹. Sus orígenes se remontaban a la Edad Media, pero fue bajo los Estuardos cuando alcanzaron su punto culminante. Eran espectáculos de gran magnificencia en que participaban personajes de la corte, aunque no el rey por su poco garbo. La reina Ana, muy aficionada a representar y danzar, encargó varias de las que allí se presentaron. El rasgo más característico de la «masque» era el disfraz, con o sin careta, y su máximo ideador en tiempo del rey Jacobo fue Ben Jonson. De las dos formas de máscara usadas en esta época, la «greeting» o salutación (llegada de un gran personaje a la casa de un noble o a una ciudad) y la «visit», fue esta última la más común. Su argumento o esquema consistía en la visita de cortesía que hacían unos supuestos «extraños» a la corte y su elemento central era la danza en la que esos extraños sacaban a bailar a algunos espectadores. La danza era la parte realmente importante de la representación. Pero, además de ella, había en la máscara una parte de acción propiamente teatral a cargo de actores profesionales, como también lo eran los músicos y cantantes que formaban parte integrante del espectáculo.

La tarea del poeta creador de la máscara del segundo tipo consistía en referir la llegada de los visitantes a la corte y proporcionar marco adecuado para engarzar danzas y cantos. En estos textos, el autor desplegaba, a veces con brío y brillantez, su fantasía poética, exponía sus reflexiones morales y

⁸ DIE, III, 197 ss. TOBÍO, o.c., 254.

⁹ GONDOMAR a FELIPE IV, Londres, 31 de enero de 1662, Biblioteca de Palacio, Madrid, manuscritos (en lo sucesivo, BP) 2108, doc. 119.

lucía su erudición mitológica creando una estructura, a veces compleja, en torno a un tema que guardara relación con lo que se celebraba y ofreciese posibilidades de adular o halagar al rey y a la corte.

Las máscaras se ejecutaban por la noche y duraban hasta altas horas. Se daba en ellas mucha importancia a los efectos luminosos, colocándose lámparas y luces de varios colores por todas partes, arriba y abajo, dentro y detrás de los elementos de la escenografía para lograr efectos de atardecer o amanecer o de nubes brillantes o de noches estrelladas, cometas y estrellas fugaces. Tanta candela y tanta lámpara de aceite en escena no dejaba de significar un peligro y así la segunda *Banqueting House*, a que antes nos referimos se quemó en enero de 1619 debido a que una parte del papel aceitado que se empleó en una máscara tomó fuego. Pero los efectos quizá más notables se producían en los cambios de escenario para lo cual se empleaban diversas máquinas, ya conocidas en el teatro, que permitían apariciones y desapariciones súbitas de personajes, objetos y hasta casas que surgían de rincones insospechados, descendían de lo alto o eran arrebatados a los cielos. Para estos trucos, el más destacado e imaginativo ideador fue el gran arquitecto Iñigo Jones, colaborador, a veces polémico, de Ben Jonson en varias máscaras de corte. Y tal grado de importancia llegó a alcanzar el aspecto escenográfico y de tramoya que terminó casi dominando al propiamente literario, musical y coreográfico, con gran irritación de Ben Jonson y complacencia de Iñigo Jones para quien la máscara «no era más que cuadros con luz y movimiento», opinión que compartía, por cierto, Bacon¹⁰.

Gondomar fue invitado a las fiestas de fin de año de 1613, el de su llegada, que coincidieron con las bodas del flamante conde de Somerset que iba a casar con Frances Howard, hija de Thomas Howard, conde de Suffolk. Siete años antes, Jacobo había dado esa dama por esposa al conde de Essex, hijo del otro famoso de los tiempos de Isabel, boda de conveniencia política, pues los novios eran casi unos niños. En la fiesta que se hizo en la corte con tal motivo, se representó una máscara titulada *Hymenaei*, cuyo texto era de Ben Jonson y el montaje escénico de Iñigo Jones. Ahora Frances se había enamorado irresistiblemente de Carr, aunque es posible que hubiese en ello motivos más prosaicos porque el clan de los Howard tenía interés en unirse al favorito real. Lo cierto es que la terrible Frances acusó a su primer marido de impotencia y pidió el divorcio: y tras largas deliberaciones de la comisión designada al efecto, y con la empeñada oposición del arzobispo de Canterbury, Abbot —quien, curiosamente, alegaba que, aunque no hubiese otro motivo para no abrir en Inglaterra las puertas al divorcio, era bastante el «ser cosa usada entre los papistas»—, el divorcio fue concedido¹¹. Según cuenta Gondomar, se decía que Essex no había podido consumar su matrimonio no por ser impotente, sino por la mala voluntad de la casa de Howard, ya que el conde de Suffolk había participado destacadamente en la muerte del padre

¹⁰ CHUTE, *o.c.*, 66 ss.

¹¹ WILSON, *o.c.*, 339 ss. CHUTE, *o.c.*, 162 ss. DIE, III, 228.

de aquél. Mientras se debatía el divorcio, Essex tuvo unas palabras con un hermano de Frances y, como consecuencia, salieron ambos a Flandes a resolver el punto en un desafío porque en Inglaterra estaban prohibidos los duelos¹².

El rey echó en estas bodas de Somerset y Frances la casa por la ventana («le han dado en estos días un millón de cosas», decía Gondomar¹³), y procuró que cortesanos, altos funcionarios y grandes mercaderes les obsequiasen también con banquetes, saraos y ricos presentes¹⁴. «Sólo en piezas de aparador de plata y oro», escribía don Diego, «les han dado más de ochenta mil ducados.» «La hogaza del embajador de España», escribía a Lerma, «no puede escusarse y así ando con cuidado de qué será, que, si fuera en Galicia, de pan de centeno la tomaran, pero aquí menester es que sea de cosa que no se pueda partir con los dientes». Esa hogaza consistió en una joya de diamantes que costó 7.680 reales¹⁵.

La boda se celebró el 5 de enero de 1614 y el rey, para conseguir que asistiesen a ella incluso los enemigos del clan Howard, dijo públicamente que pensasen todos que era él mismo el que se casaba. Y todos asistieron aunque no, naturalmente, el marido desechado, mozo a la sazón de veintidós años, que se fue a sus tierras «pero solo y sin que ninguno le osase acompañar»¹⁶. Los poetas ingleses — Donne, Chapman, Jonson— celebraron con versos de circunstancias la dicha de la nueva pareja. Chapman, traductor de Homero, había encontrado en Carr un nuevo mecenas y, viendo que muchos censuraban el matrimonio de su protector con una divorciada, trató de defenderlo en un largo poema en el que comparaba a la esposa con Andrómeda, liberada del monstruo por Perseo con quien luego casó. Los amigos de Essex preguntaron al poeta si con el monstruo quería significar al primer marido y él, nervioso, explicó que no, que el monstruo simbolizaba la gente que se atrevía a criticar la boda. Pero la situación era quizá aún más violenta para Ben Jonson, autor de la máscara *Hymenaei* estrenada en ocasión de las primeras nupcias de Frances¹⁷.

El embajador de Francia pidió al rey que le invitase a las fiestas de la boda, alegando que, por estar de partida, debía hacersele esta honra; pero Jacobo, para quitárselo de encima, hizo sugerir a Gondomar que solicitara asistir a ellas, para, de este modo, poderse excusar con el francés. Pues era corriente que se suscitasen cuestiones de precedencia cuando coincidían en el mismo acto los dos embajadores y don Diego llevaba sobre este punto instrucciones muy rigurosas en el sentido de que no debía admitir a ningún precio que los embajadores de Francia precedieran al de España, «de manera que no se falte a la reputación que tanto conviene conservar». Gondomar

¹² DIF. III. 99. 199.

¹³ DIF. III. 199.

¹⁴ WILSON *o.c.*, 343.

¹⁵ DIF. III. 200. 276.

¹⁶ DIF. III. 229.

¹⁷ CHUTE, *o.c.*, 206 s., 162 s.

respondió a los disimulados mensajeros que, si el ir a las fiestas fuera servicio a los reyes, lo hiciera de buen grado, pero que, tratándose de recibir favor, sólo le parecía oportuno solicitarlo con las damas, si bien sentiría no contribuir al regocijo de fiestas en que el rey mostraba tanto gusto; por lo cual, si el rey le invitaba, pondría su «capa y gorra de muy buena gana». El rey, finalmente, le invitó para el primer día de las bodas y al de Francia para las segundas fiestas; pero éste no quiso ir. Al comentar luego don Diego con la reina tal decisión y atribuirle, no muy sinceramente, a una actitud de respeto y modestia, Ana le respondió «con gran gusto y bonísima gracia» que no era tal, sino soberbia. «Y así», concluye Gondomar, «las vi yo todas»¹⁸.

No quería nuestro embajador agriar las buenas relaciones que mantenía con el de Francia, M. de Buisseaux¹⁹, y ello fue uno de los motivos de que no solicitase ser invitado. Los roces entre los representantes de ambas potencias en la corte inglesa por cuestiones de precedencia venían de atrás. En 1609, la reina Ana, que era muy aficionada a las máscaras, como ya dijimos, había organizado una a la que invitó al embajador de España, que recibió un lugar de honor. Y el embajador francés, enojado, no asistió. Como este tipo de espectáculos cortesanos tenía gran resonancia, incluso en las otras cortes, por ser lo más prominente de la inglesa, el rey de Francia había enviado a su embajador en Londres una orden especial para que se mantuviera firme en materia de precedencias. Y cuando se anunció que la reina iba a dar poco después otra máscara, que en este caso sería *The Masque of Queenes*, también de Ben Jonson, el embajador de Francia, M. de la Boderie, cumpliendo la orden de su rey, que insinuaba amenaza, no quiso transigir y la corte no tuvo más remedio que aplazar la representación para evitar un conflicto, esperando a que se marchara el embajador extraordinario de España, marqués de San Germán, para llevarla a cabo. Pero pasaban los días y el embajador no se iba y Ana y sus damas seguían ensayando sus danzas, y los decorados y máquinas esperando a ser montados, todo lo cual suponía un notable trastorno. Finalmente, pasado un mes, el español se fue y la máscara pudo ser representada. El embajador de Francia compareció triunfante con su mujer y su hija a ver el espectáculo²⁰.

Cuando Gondomar llegó a Londres supo que su antecesor don Alonso de Velasco no se trataba ni veía con el embajador de Francia, M. de Buisseaux, por causas que don Diego estimaba justas. Entre esas causas figuraba la de que, cuando el elector del Palatinado, Federico V, fue a Inglaterra a casar con la princesa Isabel, el diplomático francés aceptó ser tratado por él de vos y darle el tratamiento de alteza. El español rechazó tal pretensión, y el elector quedó muy contrariado alegando lo que el de Francia había hecho, a lo que Velasco repuso que el embajador de Francia «no me hacía a mi consecuencia

¹⁸ BP 2183, doc. 2., DIE. III, 230.

¹⁹ GAYANGOS, P. DE. *Diego Sarmiento de Acuña, conde de Gondomar. Cinco cartas político-literarias*, Buenos Aires, 1943, 113.

²⁰ CHUII, o.c., 170. HARRISON, G. B.: *A Second Jacobean Journal*, Londres, 1958, 68.

para nada ni yo me metía en aprobar ni condenar sus acciones, que sólo trataba de procurar acertar en las mías; y así», decía a su rey «no le visitaré más»²¹. Lo cual no parece, en verdad, muy justificado. Una vez partido Velasco, Buisseaux visitó a Gondomar y éste le pagó la visita y continuaron en buenas relaciones hasta que aquél se fue de Inglaterra en 1615²². En enero de 1614, Jacobo envió a decir a Gondomar que anduviese con cuidado con él, pues no merecía que fuese su amigo. Pero en junio del mismo año manifestaba nuestro embajador que Buisseaux mostraba ahora «ser tan mi amigo que me da cuenta de cuanto pasa y sabe» y aquél le invitaba a su casa de campo²³.

Don Diego no quiso estar presente a ninguna de las ceremonias religiosas de la boda de Somerset y Frances, aunque el rey le invitó. Al mensajero que le llevó el recado respondió, sin énfasis, «llanamente, entre veras y donaire», que no entraría en la capilla ni asistiría a acto ninguno en que entrase obispo o ministro protestante. Y a Jacobo no le pareció mal, aunque otros diplomáticos de potencias católicas no habían sido tan escrupulosos en ocasiones similares. Gondomar, desde luego, estaba siempre pendiente del efecto que sus actos podían producir en la beata corte de Madrid. El rey de Inglaterra ordenó a Charles Cornwallis, el que había sido embajador en España, que acompañase a Gondomar y al embajador de Flandes y los tres estuvieron paseando por una galería hasta que salió el cortejo de la capilla.

Por la noche, asistió don Diego a la representación de una máscara de George Chapman. Los reyes estaban sentados bajo un dosel en la cabecera de un gran salón sobre una tarima. Al lado del rey, se sentó el príncipe Carlos y Gondomar al lado de la reina, los cuatro en una sola línea y juntos bajo el dosel, con la sola diferencia de que los asientos de los reyes eran sillones con respaldo y los del príncipe y el embajador taburetes de tela blanca. Delante del príncipe, en otro taburete, estaba el embajador de Flandes. El homenaje y deferencia para con Gondomar eran notorios.

Estas muestras de estimación se repitieron en la «justa y fiestas públicas» que se hicieron al día siguiente en el parque del palacio. En esta ocasión, tuvo don Diego incluso lugar de más preferencia que el príncipe, pues el rey le hizo sentar junto a él, a su derecha, mientras que el embajador de Flandes estaba al lado de la reina y el príncipe al lado de Gondomar. La reina le honró aquellos días haciendo que la acompañara dándole la mano sin guante y quitándose ella también. En esa oportunidad, Gondomar presenció una breve y hermosa pieza de Ben Jonson, *Challenge at Tilt*, una especie de desafío entre dos muchachos caracterizados como Cupidos. Y quizá también, dos días más tarde, otra máscara del mismo autor, *The Irish Masque*, en dialecto irlandés y de tono pintoresco²⁴.

²¹ GAYANGOS, *o.c.*, 114 s.

²² DIE, III, 95. GAYANGOS, *o.c.*, 113 s.

²³ DIE, III, 248. IV, 163.

²⁴ DIE, III, 230 s. CHUTE, *o.c.*, 207.

Pero no era sólo con el embajador de Francia con quien se suscitaban esas pugnas de protocolo. Cuando llegó Gondomar a Inglaterra, el embajador de Venecia le hizo la visita usual, pero el español advirtió que se había introducido allí la costumbre de darse ambos embajadores el mismo trato de cortesía. Parece que lo propio sucedía entre el veneciano y el francés, porque «para con el embajador de España no hay consecuencia». Don Alonso de Velasco le dijera que había ya advertido de esto a España al principio de su embajada y que no le respondieron, y siguió la corruptela. Gondomar comunicó en seguida a Madrid lo que sucedía, calificándolo de «cosa indigna de pasar». Y ahora sí respondieron: «En cuanto al tratamiento con el embajador de Venecia», le decía Felipe III, «será bien guardéis en esa corte la costumbre que hay en las demás y por lo menos os abstendréis de tratar con él si no viniere en hacer lo que debe, dando a entender la causa de ellos.» Gondomar se felicitó de que en España hubiesen aceptado su punto de vista «de no consentir tratarme igualmente con el embajador de Venecia». Este, que era Antonio Foscarini, con italiana dulzura y cortesía, hizo gestiones alegando que los antecesores de Gondomar habían aceptado la equiparación, «porque les pareció justicia o razón y que a mí me lo pedía por suplicación, con grandísima humildad y por solo gracia y favor», y que así lo declararía ante quien quisiera. Pero nuestro embajador le respondió que «la manera suave como trataba este asunto le hacía que no mostrase hacia él mayor enojo de que quisiera cosa tan sin fundamento». Y sugería a Madrid que se advirtiese a los demás embajadores de España en países donde los hubiese de Venecia, «para que esta gente no gane tierra». El Jueves Santo de 1614 el embajador de Venecia fue a los oficios religiosos de la capilla de la embajada de España y aunque «hubo ruido sobre habelle lugar... se acomodó abajo». Gondomar no le habló ni le envió recado, «pues había de dalle pesadumbre tratalle diferentemente de lo que él pretendía y esto no me pareció justo habelle en mi casa». Ese mismo día, en el recorrido para hacer las estaciones, fue Gondomar a la capilla del veneciano. Cuando el embajador lo supo «llegó a hablarme con palabras de mucha cortesía, llamándome señoría ilustrísima», en tanto que Gondomar le trataba de señoría a secas y le dijo que «representando él y yo dos personas tan diferentes» no había podido hacer «lo que hiciera si me representara a mí solo». El veneciano le dijo que lo tratase como quisiese que él procedería con el respeto que su república tenía al rey de España y él a Gondomar. Este entró luego en la casa y en la sala donde había dos sillones con respaldo y brazos se sentó en uno y el embajador ordenó que trajesen para él un taburete²⁵.

²⁵ DIE, III, 95 s. FELIPE III a GONDOMAR, Ventosilla, 24 de octubre de 1613, BP 2183, doc. 32. DIE, III, 242; IV, 102 s. La pugna por precedencias de España con Venecia fue cosa frecuente entonces. En 1608, el embajador de Venecia en París, al visitar al embajador de España, lo trató de «Excelencia» pero el español sólo le llamó «Ilustrísima Señoría». Y como el veneciano se quejase, el español le dijo que la República de Venecia no podía compararse con un rey tan poderoso como el de España. A lo que aquél respondió que siempre había sido equiparada su república a un reino, y sus embajadores en consecuencia, y que, además, tenía bajo su dominación el reino de Candia. «¿Reyes vosotros?», replicó el español. «Si no sois más que un estado y cabeza de una compañía de facciosos, agitadores y rebeldes». (HARRISON, *o.c.*, 118.)

El 15 de abril de 1614 se celebró en Londres la sesión de apertura del Parlamento que el rey había convocado. A este solemne acto fue invitado Gondomar y no el embajador de Francia. Decía aquél que, aunque en el Parlamento no pueden estar más que sus miembros, el rey, por particular favor y gracia, hizo que le pusiesen «un tafetán carmesí pegado a su mismo dosel, con una cortina, hechos unos rasgos en el mismo tafetán por donde se veía todo». Gondomar, además, pidió que le permitiera tener a su lado al embajador de Flandes, y como encontrara allí al de Dinamarca, a quien habían llevado unos caballeros escoceses sólo para ver entrar el rey y salirse luego, le hizo llamar y lo invitó a quedarse, diciendo «que donde cabían dos cabrían tres y él lo aceptó», cosa que los reyes agradecieron y pareció bien a todos. En esta ocasión Gondomar había llegado tarde al palacio de Whitehall (de donde el cortejo debía trasladarse luego el Parlamento) por culpa de Lewkenor, el conductor de embajadores, que le dijo que había tiempo sobrado; y, por esa razón, encontró allí «toda la gente a caballo y parada y le dijeron que había más de media hora que el rey estaba esperando... a que viniese el embajador de España», poniéndose en marcha el cortejo en cuanto éste llegó. Don Diego no creyó necesario disculparse pero explicó a algunos de la cámara del rey «lo que había pasado, para que viesen que no tuvo culpa en ir tarde»; pero todos los demás embajadores, entre ellos el de Francia, que estaban en ventanas alquiladas para presenciar el desfile, «hicieron gran consideración viendo parado el acompañamiento y oyendo decir al pueblo y a todos que se esperaba al embajador de España». Con lo cual, la falta cometida se convirtió en punto de prestigio. Pero el embajador de Francia, naturalmente, según Gondomar, «ha hecho muy cortesés pero muy doloridos sentimientos con el rey, de no haber sido convidado»²⁶.

A mediados de año escribió don Diego en tono complacido y triunfante a un amigo de Madrid que el cuidado del francés (con quien, por lo demás, decía tener «muy buena correspondencia») no era ya el precederle sino huir de las ocasiones en que él precediera. Y del de Venecia decía que «me había visto treinta veces y yo solas dos» y que había gran diferencia entre el trato que Gondomar le daba y el que de él recibía, diciendo de don Diego que era «muy gentil hombre». Y no era sólo a Gondomar a quien se daba la precedencia en aquella corte sino también a su mujer. Pues cuando, en julio de 1614, vino la reina a Londres, envió a decir a doña Constante que la embajadora de Francia le había pedido audiencia y ella no quiso dársela hasta que la de España «la hubiese visto primero, y así se hizo»²⁷.

En el verano de 1614 llegó a Inglaterra el rey de Dinamarca, Cristian IV, hermano de la reina Ana. Apareció de improviso con tres navíos en el puerto de Yarmouth porque supo que no había allí barcos de guerra ingleses para que no se repitiera la pugna de las banderas de la visita anterior, en 1606, pues, a diferencia de lo que sucediera en la llegada de Gondomar, el rey de

²⁶ DIE, IV, 88 ss.

²⁷ GONDOMAR a HURTADO DE MENDOZA, Londres, 3 de agosto de 1614. BP 2168, fol. 209, DIE, IV, 225.

Dinamarca tuvo entonces que arriar los pabellones de sus navíos cuando aún estaba en ellos. De Yarmouth salió de incógnito con tres criados para Londres y, después de comer en un mesón a las puertas de la capital, se dirigió en un coche alquilado —«muy bellaco», decía Gondomar— a casa de su hermana que se quedó, naturalmente, muy sorprendida de verle. Y Jacobo, que andaba de cacería, hubo de interrumpirla de pronto para saludar a su cuñado. Corrieron muchos rumores sobre el objeto de la visita, de los que Gondomar informó puntualmente a su gobierno, pero, oficialmente, se dijo que no tenía otra finalidad que la de ver a sus hermanos²⁸.

Apenas se enteró don Diego de su llegada, le envió un mensajero para decirle que, cuando estuviese descansado, deseaba besarle las manos, y él le respondió, «muy grata y cortésmente», que, después que se viera con el rey de Inglaterra, le avisaría. El embajador de Francia hacía intensas y públicas gestiones para que el danés lo recibiera a él primero y, por ello, Gondomar procuró no descuidarse, «aunque con menos ruido y menos demostraciones», para lograr precedencia en la audiencia «porque ingleses, escoceses y franceses pusieron este punto en gran consideración y no se ha hablado estos días en otra cosa. Y así se hizo la causa tan pública que, venciendo el de Francia, me pareció no pudiera yo ver al de Dinamarca». Habló, pues, con el embajador danés, Sinclair, el canciller del rey Cristian y otros, significándoles las razones que había para que se le diese audiencia a él primero «y envié a decir a la reina que éste era el punto en que se había de ver la sangre de Austria» (que ella se vanagloriaba de llevar) «y la amistad, con las más vivas razones que supe».

El rey de Inglaterra y otros personajes eran, al principio, del parecer que el monarca visitante no concediese audiencia a ningún embajador, como lo había hecho en su visita anterior, en 1606, por no querer decidir la competencia entre el de España y el de Francia ni entre el de Flandes y el de Venecia. En aquel entonces, sólo cuando se fue envió criados en cuatro coches a visitar a los cuatro embajadores. Ahora, en cambio, los dos reyes resolvieron al cabo, el 5 de agosto, que se diese audiencia primero al embajador de España aquel mismo día y al de Francia al siguiente; y para evitar posibles complicaciones, la reina Ana y el embajador Sinclair hicieron que el rey Cristian enviase inmediatamente a dos caballeros suyos a decir a Gondomar que la audiencia se había señalado para las seis de la tarde. Don Diego se encaminó a ella con la mayor ostentación que pudo. «Hallé las guardas del rey de Inglaterra y del Dinamarca puestas en orden a la puerta y a todos los caballeros y casa del rey de Dinamarca que me estaban esperando y me dijeron que el rey me esperaba también porque yo había medido justamente la hora»; es decir, había sido puntual. Encontró al rey «debajo de un dosel, vestido de raso, gregüescos y ropilla y herreruelo, lechuguilla chica y un sombrero grande, tendidas plumas negras a la redonda, un listón azul al cuello y pendiente de él un San Jorge».

²⁸ DIE. IV, 231 ss.

Al entrar el embajador, el rey se quitó el sombrero y se dirigió con paso pausado hacia él. Cuando estuvieron cerca, cada cual se besó su propia mano y se hicieron mutuas reverencias. Luego, el rey asió la mano y los brazos de Gondomar, se cubrió y esperó a que él se cubriese también. Don Diego le preguntó en latín que en qué lengua quería que le hablase y el intérprete le dijo que hablase en español que lo entendía perfectamente. Estuvieron un rato haciéndose recíprocos cumplimientos, según los usos de corte, y luego el rey habló también de su viaje y Gondomar le pidió que expresase a sus hermanos los reyes de Inglaterra su agradecimiento por las atenciones que con él tenían. Terminada la audiencia, aún se entretuvo Gondomar unos instantes con el canciller danés para «mostrarle agasajo y cortesía» y para tratar de sondearlo sobre los propósitos del viaje; «él me encareció mucho lo que su rey estimaba al de España y que bien se veía en que, contra las diligencias que el embajador de Francia había hecho para que le viese primero que a mí, lo había atropellado todo y aventurándose a romper con Francia», y que, a diferencia de lo sucedido años atrás en que no había recibido a ningún embajador, quiso ahora que viesen todos que le daba audiencia a él primero. «diciéndome que yo tenía aquí... gran crédito y estimación con estos reyes». Don Diego contestó que el rey Cristian «debía estar muy contento de haber podido cumplir su voluntad y obligaciones y con la justicia y razón», pues, si la amistad y parentesco que tenía «con el rey de España, la tuviera con el rey de Francia..., había de dar el primer lugar al embajador de España».

Sinclair le dijo creer que el de Francia no aceptaría la audiencia para el día siguiente y así fue. Se excusó «con muchos sentimientos y aun descortésmente», y entonces se le dio al embajador de Flandes, precediendo también, como había pedido Gondomar, al de Venecia. Y éste se excusó asimismo. Pero al final, tras muchas consultas y reflexiones, y para no «quedar declaradamente roto con él y con este rey», el francés volvió luego a pedir audiencia y se le dio, aunque fue seca, y lo mismo hizo el de Venecia. Gondomar quiso agasajar al rey Cristian en su casa de campo, pero lo breve de la estada no lo permitió. A Sinclair y otros personajes del séquito danés les envió regalos de pipas y jamones de Galicia, conservas y agua de azahar.

Estando ya el rey de Dinamarca embarcado para regresar, envió recado a Gondomar de que le agradaría volverle a ver. «Tomé al punto diez postas», decía el español, «haciendo que mis coches y mi gente me siguiesen». Llegaron al puerto de Gravesend y se dirigieron a los navíos del rey, marchando delante Ribas, el correo de la embajada, con su corneta y bandas coloradas. «Vino luego una barca en busca mía y aunque, por haber llovido mucho, íbamos mojados y enlodados, vi al rey de aquella manera, que mostró holgarse mucho y parecelle muy bien.» El rey acababa de comer y, sin duda, con gran contento suyo, pues era bravísimo bebedor, y de Gondomar, por contrarrestar la mojadura, pasaron, con los caballeros de sus séquitos, buena parte de la tarde brindando a la salud de los reyes de España y Dinamarca

con vino de Jerez y de Canarias. Cuando Gondomar y su gente abandonaron el navío del rey, la artillería de los tres barcos daneses hizo varias salvas como homenaje²⁹. Quién pudiera imaginar entonces que diez años después este mismo rey declararía la guerra a sus «parientes» de la casa de Austria abriendo así la segunda fase de la guerra de los Treinta Años.

En las fiestas de Navidad y Reyes que siguieron, las de 1614-1615, fue también invitado Gondomar. Seguía siendo embajador de Francia el mismo monsieur de Buisseaux y, al parecer, no hubo esta vez mayor problema con él. Entre los festejos, se presentó la inevitable máscara, también de Ben Jonson, para lucimiento del nuevo favorito, Villiers, que era excelente danzarín; esa máscara fue, seguramente, la llamada *Mercurie Vindicated from the Alchemist at Court*, adaptación de la comedia del mismo autor *The Alchemist*³⁰. Pero si no hubo entonces choque con el francés si lo habrá por causa del agente de Holanda. El rey Jacobo invitó por aquellos días a una máscara y cena al embajador de España y a dicho agente. Cuando Gondomar lo supo, pidió al monarca inglés que retirase la invitación que le había hecho si no quería que en su presencia hiciese algún desacato, pero el rey le contestó que don Alonso de Velasco había concurrido a varias fiestas con ese agente. El español no asistió a la fiesta y, a la mañana siguiente, se fue a ver a Jacobo para decirle que no había de consentir que en su presencia hiciese figura de embajador persona nombrada por vasallos rebeldes de su soberano. La aseveración sobre Velasco no debía ser cierta, pues en 1613 no había éste querido asistir a la boda del Palatino con la princesa Isabel, entre otros motivos, porque «estaba convidado un agente de los holandeses, a quien tratan como embajador, por la indignidad que fuera concurrir con él»³¹. Tal vez era una artimaña de Jacobo para engañar a Gondomar.

En las fiestas de 1615-1616 el rey envió a sir Lewis Lewkenor, maestro de ceremonias y conductor de embajadores, a preguntar a Gondomar si le parecía bien que se invitara al nuevo embajador de Francia, conde de Desmaretz, que acababa de llegar y no había asistido todavía a fiesta ninguna en la corte inglesa. Gondomar respondió que no sólo le parecía justo que lo invitase, sino que él mismo le pedía que así lo hiciese. Y para las fiestas del año siguiente también le envió el rey a Lewkenor para invitarlo como de costumbre. Pero don Diego estaba enfermo y no le era posible ir y dijo a Lewkenor que así lo comunicase al rey y que, agradeciéndole su atención, le excusara su presencia. Lewkenor le advirtió que, si no iba, pensaba que se invitaría al embajador de Francia; y hablando de este tema ambos con los demás que se hallaban presentes a la entrevista, se señaló que, si el enfermo hubiese sido el francés, habría aceptado sin perjuicio de avisar media hora antes de la fiesta que no le era posible asistir por hallarse

²⁹ DIE, IV, 234, ss.

³⁰ GAYANGOS, *o.c.*, 113. CHUTE, *o.c.*, 217. *Dictionary of National Biography*, Londres, 1908-1909, art. «Ben Jonson».

³¹ GONDOMAR a FELIPE III, Londres, 27 de febrero de 1615. Biblioteca Nacional, Madrid, manuscritos, 18430, fol. 37. GAYANGOS, *o.c.*, 115, nota.

indispuesto para que, de tal modo, no hubiese tiempo de invitar al embajador de España. Pero Gondomar dijo que nunca había usado ni usaría de semejantes modos y que se alegraba de que fuese el embajador de Francia, y así se le invitó y concurrió sucesivamente a dos fiestas. En la primera de éstas, la de Navidad, se puso en escena la máscara de Ben Jonson *Christmas his Masque*, visión pintoresca y casi dickensiana del Londres popular, graciosa y burlesca. Y en la de Reyes y Twelfth Night (de 1617) vio la corte otra del mismo autor, *The Vision of Delight*, a la que asistió, causando el natural revuelo, la princesa india Pocahontas³².

Gondomar quiso continuar con Desmaretz las buenas relaciones que había mantenido con el anterior embajador de Francia, monsieur de Buisseaux, visitándolo a su llegada en 1615 y tratándolo con toda gentileza, al punto que, cuando hizo un viaje a París, el año siguiente, pidió Gondomar al embajador de España en Francia, Héctor Pignatelli, duque de Monteleone, que le fuese a ver y saludar, como lo hizo; y en Londres, mientras estuvo ausente, se cuidó de las cosas de su casa «como si fueran de un hermano mío, visitando a su hijo y convidándolo a comer». Cuando luego trajo a su esposa, doña Constanza y él, no obstante sus achaques, fueron puntualísimamente a visitarlos y el 10 de enero de 1618 el francés les devolvió la visita como correspondía³³.

Algunos días antes, el 30 de diciembre de 1617 (para los ingleses era el 20), volvieron a Londres el rey y el príncipe para participar en las fiestas y Jacobo envió en seguida recado a Gondomar para que fuese a verle, cosa que hizo éste el día de Año Nuevo. El rey le dijo ya de entrada que, aparte de los que deseaban hablar con él de asuntos de política, «todos los embajadores que estaban aquí le pedían audiencia y había querido que vieses que me la daba a mí primero; que al de Francia había señalado para el día siguiente», para el otro al de Flandes y luego al de Venecia y así sucesivamente³⁴. Doce días después por la mañana Gondomar fue a visitar a Buckingham para felicitarle de haber sido nombrado marqués. Se presentó sin avisar (porque, cuando lo hacía, el favorito se adelantaba a acudir a su casa) y, por esa razón, aún no se había vestido; «supo el rey luego cómo estaba con él y me envió a decir que se alegraba tanto de saber que yo tenía fuerzas para haber ido allí que no quería que me volviese sin verme y que así, aunque no estaba vestido, entrase allí, pues no había sino una pieza en medio; hícelo así, yendo conmigo el marqués; hizome el rey, cierto, mucha cortesía diciéndome cuánto estimaba yo aventurase mi vida y salud por honralle a él, haciendo tal demostración con el conde de Buckingham; díjele que no me agradeciese esto ni el haberme puesto galán y unos zapatos blancos que me apretaban mucho; que lo que se había de estimar era que, siendo yo conde, me mortificase a ir dar la norabuena a otro conde de haberlo dejado por ser marqués. El rey se

³² GAYANGOS, *o.c.*, 113 s. CHUTE, *o.c.*, 241. *Dict. of Nat. Biogr.*, I, c.

³³ GAYANGOS, *o.c.*, 116.

³⁴ DIE, I, 184.

rió mucho y me abrazó pidiéndome que, por amor de Dios, que me esforzase por hallarme en una máscara que hace el príncipe su hijo dentro de cuatro días, que podría estar echado o sentado en mi silla, como quisiese, y salirme y dejallo cuando quisiese, y que le haría en esto gran gusto porque con ello se excusaría del embajador de Francia. Dijele que no, que de la manera que yo iría sería yendo también el embajador de Francia y estando cada uno en el lugar que era razón que estuviésemos, de que también se rió harto. Con que me despedí sin quererme detener más ni hablalle de otra cosa, porque aún no estaba acabado de vestir y estaba almorzando. Esta tarde me ha enviado a pedir que en todo caso me esfuerce a ir a la fiesta, e iré si pudiere»³⁵.

Desmaretz no tardó en enterarse de esta entrevista y de lo que en ella se dijo. Y, al día siguiente, se presentó de súbito, muy agitado, en Whitehall, con el propósito de ver al rey, que no le recibió. El francés dijo a los dignatarios que encontró allí saber que se había invitado para las fiestas al embajador de España «y que era tan grande injuria y afrenta la que en esto se hacía al rey de Francia y a él como su embajador que, si no se atajaba y remediaba luego, ni su rey lo sufriría ni él tampoco». Muchos de los cortesanos con quienes habló le manifestaron que no tenía razón para pretender por fuerza lo que era gracia «y en el caso presente justicia contra él»; pero, al verle tan exaltado, se lo quitaron de encima diciéndole que darían cuenta de ello al rey. Desmaretz había expresado a esos cortesanos que la ofensa a Francia era tanto mayor cuanto que se trataba de una fiesta hecha por el príncipe y la primera en que entraba y que tenían como excelente excusa para no invitar a Gondomar el hecho de que éste se hallaba muy enfermo «que no podía estar una hora sin echarse» y que si iba se moriría, al punto que, si él se viera en tal estado, no aceptaría la invitación por todo el reino de Inglaterra³⁶.

Al día siguiente de su destemplada visita a Whitehall, el embajador de Francia se fue a ver al de Venecia, al parecer para pedirle que declarase por escrito que la república veneciana siembre había dado la precedencia a Francia, y rogarle, a la vez, que no fuese a la fiesta si el embajador de España iba. Pero el sutil italiano no debió contestarle con bellas palabras y ninguna promesa. Por otra parte, Desmaretz convidó a comer el mismo día al agente de Saboya, «un gran hereje italiano», para que convenciese al veneciano de que no fuese a la fiesta y se declarasen ambos a favor de la precedencia de Francia.

Las gestiones y visitas siguieron a ritmo acelerado. El rey Jacobo envió en seguida a sir Thomas Edmondes, que había sido embajador en Francia y era muy inclinado a este país, para que persuadiese a Desmaretz de que no debía tomar las cosas de ese modo. Edmondes trató de hacerle entrar en razón, pero el embajador «estaba tan fuera de ella» que no pudo lograrlo. Alegando la discutible precedencia de que el embajador de Francia gozaba

³⁵ DIE. I. 188 s.

³⁶ GAYANGOS, *o.c.*, 116 s.

en Roma, en la capilla³⁷, sostenía que, como en Londres no había capilla, debían considerarse como tal, a esos efectos, las fiestas públicas que en la corte se hacían. Estimaba que debía invitarse a ambos diplomáticos, y, como el embajador de España no podría asistir por sus achaqués, no se plantearía la cuestión de precedencia que el rey de Inglaterra, con buen acuerdo, deseaba evitar. Con eso, dijo, pasaría por alto ciertas desatenciones recibidas como el haber invitado el rey al embajador de España a comer consigo muchas veces y a él sólo una. Y terminó manifestando que en ningún caso estaba dispuesto a renunciar a su precedencia, de suerte que, si no se le daba, pediría a su rey que le concediese licencia para marcharse.

Cuando el rey conoció la respuesta del francés que le trajo Edmondes, reunió a su Consejo para solicitar su parecer y se resolvió que fuese sir Lewis Lewkenor a decir al embajador de Francia que en la corte inglesa siempre se había procurado dar trato de igualdad a los embajadores de España y Francia. Pero Desmaretz, «continuando su sinrazón, se valía sólo de voces» y protestaba que eso era justamente de lo que se quejaba, de la igualdad. Al enterarse el rey de su respuesta, volvió a enviarle a Lewkenor para manifestarle que, si él pretendía preceder al embajador de España y éste a él, alegando títulos y razones, la única solución era que se pusiesen de acuerdo ambos países y le comunicasen su decisión, pues él no era juez de esa controversia; y que, entre tanto, mantendría la igualdad que se había venido usando. Y si el embajador de Francia no se conformaba, escribiría a su rey dándole cuenta de su proceder y de «que no era persona para tratar entre príncipes y conservarlos en amistad». Los cortesanos que simpatizaban con Francia propusieron que no se invitase a ninguno. Pero el rey no lo aceptó y mantuvo la invitación a ambos³⁸. Gondomar, como se dijo, estaba muy quebrantado de su salud y «sin duda me excusara de ir si no me hubiera forzado a ello la sinrazón y proceder del embajador de Francia»³⁹. Pero, como solía decir, el corazón manda a la carne y fue «con las tripas en las manos».

El martes, 16 de enero de 1618, Twelfth Night o día de Reyes (en el calendario inglés de entonces) asistió don Diego, dominando sus dolores y molestias, a las grandes fiestas de la corte. El rey había ordenado que el aposento de uno de sus favoritos menores, Thomas Erskine, Lord Fenton (aquel escocés de los piojos que formaba parte del séquito de Jacobo en su viaje inaugural a Inglaterra)⁴⁰, estuviese dispuesto y abrigado, con cama en que poder descansar y, de ese modo, «tuve mucha comodidad y regalo, haciéndome gran honra todos los de palacio», escribía don Diego. «Luego que vi al rey, me dijo con gran risa el sentimiento del embajador de Francia y algo de lo que decía; y aunque fue reprobándolo con palabras y con el

³⁷ España no aceptaba esta precedencia como base para otros casos (véase más adelante).

³⁸ GAYANGOS, *o.c.*, 116 s.

³⁹ DIE, I, 191.

⁴⁰ TOBÍO, *o.c.*, 87, 89.

afecto que me tenía, me obligó a responder y a hablar en la materia con menos templanza de la que piden las tocas de un embajador, concluyendo conque, para que se viese cómo se defendía esta materia por nuestra parte, pues el embajador de Francia no estimaba ni agradecía mucho la igualdad que yo había observado con él hasta ahora, que protestaba y juraba que desde aquí adelante no le visitaría una vez sin que él me hubiese visitado dos primero, para que él y todos supiesen la preeminencia que los embajadores de España teníamos sobre los de Francia, fundada en justicia y razón y conservada con la espada, como se vería aquel día, si fuese manester, y siempre. Y esto es lo que este rey ni otro ninguno de los que estaban allí pudo reprobear, antes les pareció que procedía como debía y me tocaba, con que el rey me asió de la mano y me llevó a la fiesta.»

Agregaba don Diego que «por mi falta de salud fue necesario llevar mi misma silla en que sentarme [la famosa silla perforada que usaba por la fistula]; hice que le quitasen el espaldar alto antes que la llevasen a palacio, porque los embajadores de España y Francia, siempre que han estado con este rey, siempre se han sentado en taburetes rasos de brocado, y los de otros príncipes en taburetes de terciopelo; y aunque no se reparara en que mi silla tuviera espaldar, porque el rey me envió a decir que la llevase, se reparó en lo que yo hice, para estimarlo, y el mismo camarero mayor la tomó y puso en la alto del teatro, debajo del dosel, pegada a la del rey, y así estaba hablando conmigo. A mi mismo lado, delante, estuvo sentado el embajador de Venecia. No asistió la reina a estas fiestas por estar mala»⁴¹.

La máscara que se presentó en esta ocasión, la primera que daba el príncipe Carlos, era también de Ben Jonson, con la colaboración de Inigo Jones en la escenografía, y se titulaba *Pleasure Reconciled to Vertue*. Carlos no había danzado en una máscara desde que participó por vez primera, ocho años atrás, cuando contaba diez de edad, haciendo de Viento del Oeste. A diferencia de su hermano muerto, fue delicado en su infancia, al punto de que le costaba trabajo tenerse en pie, sobre todo por lo débil de los tobillos, herencia de su padre. Y aunque ahora había mejorado bastante, no podía competir con el ágil y apuesto Buckingham. Carlos iba vestido de blanco y carmesí, con rosetas de plata en los zapatos y una gran pluma de garza en la cabeza. La escenografía de la máscara era espléndida. Al alzarse el telón, aparecía una compleja estructura que representaba el monte Atlas, cuya cumbre terminaba en la figura de un anciano con el pelo, cabello y barba blancos, como cubierto de nieve. Movía la enorme cabeza y giraba los ojos. El dios de la alegría bajaba de la montaña. Un grupo de niños, disfrazados de damajuanas, representaba la antimáscara. Tras la montaña, el príncipe Carlos y sus once compañeros aguardaban nerviosos la salida a escena. El monte se abrió; por unas colinas lejanas apuntaba el día. Pero, a pesar de la complicada escenografía, la máscara no fue un gran éxito. Ni tampoco los distinguidos danzantes estuvieron a la altura de lo esperado. Al emparejarse

⁴¹ GAYANGOS, *o.c.*, 121 s.

con las damas en la danza que siempre seguía a la de la propia máscara, se quedaban rezagados. El rey, impaciente, gritó: «¿Por qué no bailan? ¿Para esto me han hecho venir? El diablo os lleve. Bailad.» Quien salvó la velada fue Buckingham que, saltando con gracia al primer plano, hizo una intrincada y brillante exhibición de destreza y elegancia coreográficas que calmaron y deleitaron al irritado soberano. El príncipe, por lo demás, según un espectador, hacía las reverencias a maravilla⁴². Gondomar aguantó firmemente toda la representación. Había ido a las cinco de la tarde «y volví a las cinco de la mañana vivo, y el serlo aún ahora es harto misericordia de Dios»⁴³.

El incidente suscitado por el de Francia dio mucho que hablar. Según don Diego, todos condenaron su proceder «y este rey y su consejo están tan disgustados con él por lo que dijo antes y ha dicho después que me dicen está tan avergonzado que no se atreve a salir por las calles; y es cierto que, si el día de las fiestas fuera a palacio como decía que lo quería hacer, la nobleza de hombres y mujeres que estaban allí le hicieran pedazos, sin que fuera menester que yo metiera mano a la espada ni este rey interpusiera su autoridad; en que se ha de ver bien cuán malo es mi mal que no me sanó la alegría que vi generalmente y las norabuenas que me dieron de haberme esforzado a ir y hallarme presente; y el rey mismo me dijo mucho desto, a que yo le respondí que la razón, favorecida de su gracia y demostración, hacía aquellos efectos. Díjome que yo decía la verdad y que su declaración había hecho mucho. El marqués de Buckingham vino a visitarme de parte del rey y de la suya y a saber cómo había venido y estaba». Gondomar reiteró entonces que no visitaría al embajador de Francia una vez sin que él le visitara dos primero, cosa que pensaba no haría aunque, a los que «entiende que me lo han de decir, les dice muchas alabanzas de mí» y que con él, personalmente, nada tenía; «pero a los que se lo pueden decir también a él», expresaba Gondomar, «les he dicho que él mismo vea si, quejándose él de la igualdad conmigo y diciendo que no la quiere, me ha sido a mí forzoso ni quererla ni admitirla con él»⁴⁴.

Para celebrar su triunfo, Gondomar dio banquetes extraordinarios durante las fiestas, «cuando se trató y venció la precedencia de España a Francia»⁴⁵. Vera dirá más adelante: «Al embajador católico que reside en Inglaterra se le advierte en particular que, además de las razones que hará para preceder a los embajadores de Francia, tiene pacífica posesión con actos continuados; porque concurriendo en acto público el conde de Gondomar, embajador de España, con monsieur de Daretz [sic], embajador de Francia, año de mil y seiscientos y diez y siete, precedió el de España; y tres años antes, estando en Inglaterra el rey de Dinamarca, conteniendo, con dicho conde de Gondo-

⁴² CHUTE, *o.c.*, 243 ss.

⁴³ GAYANGOS, *o.c.*, 122.

⁴⁴ DIE, I, 192.

⁴⁵ DIE, II, 187.

mar, monsieur de Busiers [sic], embajador de Francia, sobre cuál había de hacer la primera visita al rey, le fue señalada al embajador de España»⁴⁶.

Al día siguiente de la fiesta, el 17 de enero de 1618, Gondomar escribía a toda prisa una larga carta a Héctor Pignatelli, duque de Monteleone, embajador de España en París, para darle cuenta de lo sucedido hasta esa fecha en la cuestión de precedencias, «para que, bien informado de este hecho, pueda decir la ambición y excesos con que el embajador de Francia ha tratado su pretensión y la justificación, razón y consideración con que por nuestra parte se ha procedido y aun por la del rey de Inglaterra». En esa carta, además, hace una exposición de antecedentes históricos, no todos sólidos ni convincentes, para demostrar la precedencia de los reyes de España⁴⁷.

Entre tanto, el embajador de Francia, cumpliendo lo que había anunciado al rey si no se le daba satisfacción, había enviado a París a su secretario a pedir licencia para marcharse de Inglaterra, «publicando que la guerra está rota con Inglaterra» por haber dado ésta la precedencia al embajador de España. El agente inglés en París escribió a su rey que aquello había causado gran alteración y que le indicase «lo que dirá y responderá si le hablen en esto». El secretario del francés entregó sus despachos e informó a los ministros, que se sintieron muy ofendidos del proceder del rey de Inglaterra y aprobaron la conducta de su embajador. Y éste escribió que, con toda seguridad, le llevaría la licencia para retirarse de Londres y que veían los ánimos de todos los buenos franceses «muy indignados y resueltos a enseñar a los ingleses el respeto que han de tener a la Francia». El secretario de estado, monsieur de Puissieux, en una breve carta a Desmaretz, le decía que le extrañaba el proceder del rey de Inglaterra pero que las opiniones estaban allí muy divididas sobre si retirarle en seguida o no, y que se esperaba que el rey resolviera. Los consejeros que llevaban las riendas del poder no querían guerra porque para ello tendrían que pedir ayuda militar a los príncipes, de quienes desconfiaban grandemente. Finalmente, el rey de Francia envió orden a su embajador de que regresase.

Pero Desmaretz, quizá por la rabieta, se enfermó y hubo de aplazar la vuelta. Jacobo envió a su secretario Lake a visitar al enfermo y tratar de calmarle con buenas palabras; pero, según contaba luego Lake a Gondomar, «sobre hallarle en la cama muy malo y acabado de sangrar, está furioso, diciendo mil desatinos contra el rey de Inglaterra y este reino y que todos son súbditos y pensionados de España y que sólo desea vida para salirse presto de aquí». El pobre hombre se sentía contrariado porque no hacía tres meses que había regresado de una visita a Francia, y traído a su mujer e hijos y estaba arreglando la casa y los jardines, pensando «detenerse aquí algunos años». Gondomar decía que «hasta agora se ha hecho como conviene al servicio de Dios y del rey nuestro señor» y esperaba que «de la ceniza que en

⁴⁶ *El embaxador*, Sevilla, 1620, II, 97.

⁴⁷ GAYANGOS, *o.c.*, 113 ss. DIE, I, 211.

este caso se ha puesto a la vanidad de los franceses se ha de sacar mucho fruto»⁴⁸.

La forzosa demora en cumplir la orden hizo que Desmaretz se fuera serenando poco a poco y también en Francia se aplacaron, al parecer, los arrebatos primeros. Ahora quisieran los franceses «no haberse empeñado ni publicado tanto este negocio»; y para salir de él un poco airosos, descaban que el rey de Inglaterra les pidiera que no retirasen a su embajador. Jacobo solicitó sobre ello la opinión de algunos de sus consejeros, quienes le dijeron que no convenía que lo hiciese y que, si el representante francés se iba, debía retirar al punto a su agente en París. Desmaretz no tuvo, pues, más remedio que cumplir la orden de su rey y solicitó audiencia que le fue concedida para el 26 de febrero.

En ella, el francés, «con buen semblante y cortesía», dijo al soberano inglés que su rey le había ordenado partir, como vería por la carta que le entregaba, y que venía a despedirse. Jacobo, después de leer la carta, puso de relieve que en ella no se formulaba queja alguna y que, por el contrario, el rey de Francia mostraba buena intención, lo que revelaba que no habían hecho mella en él los malos oficios de su embajador. Este le respondió que no había hecho malos oficios fuera de declarar que se le había tratado mal; y el rey le dijo que ya sabía por qué lo decía, pues había escrito a su rey que en Inglaterra la facción española era muy poderosa y que, por eso, le habían quitado la precedencia, dándosela al embajador de España, cuando lo tradicional era que éste no fuese invitado más que en caso de ausencia o enfermedad del de Francia. Y el rey comentó que eso era cosa de risa y sin fundamento. En la misma carta —siguió diciéndole Jacobo— afirmaba que le había pedido una declaración escrita de que no se había dado a don Diego Sarmiento más ventaja de la que se diera a sus antecesores y que le fue negada porque tenía razón; y ello, aseguró el rey, no era cierto; no se le negó porque tuviera razón, sino porque era gran atrevimiento el pedirla, cosa que, como monarca de gran experiencia por los años que llevaba en el trono, sabía muy bien; mientras que el embajador había venido a revelar, con su proceder, la poca que tenía para tratar negocios.

El embajador, un tanto turbado al oír estas palabras, repuso que sólo había querido que se reconociese al rey de Francia la precedencia que le correspondía sobre todos los demás reyes del mundo. A lo que Jacobo contestó que eso no era cierto, señalándole varios ejemplos que demostraban lo contrario. El francés dijo entonces que, de todos modos, su rey era de esa opinión y que, por tal motivo, le había mandado retirarse, y que él, Desmaretz, hubiese obrado mal, procediendo de otra manera; y que, por lo demás, el propio rey de España no negaba ni negaría esa precedencia, como se había visto en muchas ocasiones. Jacobo le respondió que, de ser así, le trajese una certificación de él o de su embajador reconociéndolo y que ese documento sería de más valor que el que le había pedido a él. Y, harto ya de discusión,

⁴⁸ DIE. I. 198 ss., 204, 213.

se levantó y encaminó a sus aposentos al tiempo que decía a su interlocutor: «Monsieur embajador, yo estoy cansado y he de ir a ver esta tarde a la reina; si queréis vuestra licencia, andad con Dios, y, si no, haced lo que quisiéredes.» El embajador francés concluyó manifestando que, si no recibía orden en contrario, tendría que irse pero que aún estaría en Inglaterra unos días para preparar el viaje y que deseaba volver a verle en última despedida; y el rey le contestó que muy enhorabuena y se entró en su aposento.

Jacobo refirió luego a Gondomar con todo detalle la entrevista según los términos anteriores. Y como no conocemos la versión de Desmaretz, no podemos saber si la del rey merece entero crédito. Don Diego dijo a éste que lamentaba no llevar dinero en la bolsa, para pagarle generosamente porque nunca abogado mereció ser mejor pagado, «de que el rey se rió mucho». El embajador francés salió muy disgustado de la audiencia: Y no era para menos, pues el puesto le agradaba y se creía seguro en él por hallarse emparentado con importantes personajes de la corte de Francia. Pero en esta corte, incluido el canciller, que era suegro de Desmaretz, empezaron a considerar que habían dado un paso en falso y que acaso no valía la pena poner en riesgo la amistad de las dos coronas por una cuestión de precedencia. Monteleone informaba a Gondomar que allí se lamentaba lo sucedido más de lo que le daban a entender con palabras, y ahora trataban de remediarlo. Con tal fin, parece que se ordenó al embajador que retrasase su partida y «fuese endulzando las cosas», para no llegar a una ruptura, y seguir en la embajada hasta cumplir su período normal de duración.

Repuesto de su dolencia, Desmaretz reanudó sus visitas a palacio para hablar con los consejeros del rey y tratar de disculparse de su proceder, aunque pretendiendo justificarse; pero muchos de esos consejeros le eludían, escondiéndose o retirándose, sin quererle hablar. Jacobo supo que en la embajada de Francia se decía que el embajador ya no se iba porque él, el rey de Inglaterra, había hecho en París gestiones en tal sentido. Y para demostrar que no era así, decidió enviarle el acostumbrado regalo de despedida. El 16 de marzo, cuando Desmaretz acababa de comer, se le presentó un criado del guardajoyas real para comunicarle de parte de su jefe que tenía orden del rey para darle el presente, que ya estaba listo y que lo traerían cuando él indicase. El embajador se quedó pálido y turbado y apenas pudo responder balbuceando que no se lo llevasen hasta que él avisase, porque antes quería ser recibido por el rey. Trató de ver aquella misma tarde a dos altos dignatarios de la corte para que «lo procurasen atajar y remediar y aconsejarse con ellos», pero no quisieron recibirle. Y al día siguiente vino el propio guardajoyas con el presente, varias piezas de plata dorada que pesaban dos mil onzas. El embajador tomó el presente sin dar propina al guardajoyas ni al que lo llevó. Y fue tal su amargura por lo que se había hecho con él, que resolvió partirse, sin demora. Dudaba en despedirse del rey por no ser costumbre volver a hablarle una vez recibido el presente, pues, en ese caso, podría suceder que no le tratara ya como embajador⁴⁹.

⁴⁹ DIE. I. 204. 207. 222 s., 239.

Después de muchas gestiones, el rey le concedió, al fin, audiencia para el 26 de marzo a las nueve de la mañana. El diplomático acudió puntual pero el rey le hizo esperar más de dos horas y media de amansadera. Nadie se le acercó y, cuando llegó el momento, Lewkenor, el conductor de embajadores, le introdujo en el aposento donde estaba el rey vestido y echado en la cama con un ataque de gota en la rodilla. Apenas entró, Jacobo le dijo: «En fin, Monsieur embajador, os vais; Dios os lleve con bien.» El diplomático respondió que «sólo venía por su licencia» y que traía allí consigo al secretario que quedaría como agente para atender los negocios de Francia, suplicándole que lo aceptase. El rey le dijo que estaba bien. Y sin mediar más palabras, se despidió. El embajador dejaba al secretario como encargado de los negocios para evitar la ruptura, pues sabía que los ingleses habían decidido retirar a su agente en París, y, de ese modo, quizá volviesen de su acuerdo⁵⁰. Desmaretz remoloneó aún bastantes días para marcharse, tratando de dejar asegurado que no habría ruptura y lograr que Jacobo respondiese a la carta del rey de Francia en tono suave y que se le diese a él la respuesta. Contrastaba este tono manso y suplicante de ahora con «el ruido con que comenzó esta querrela», según señalaba Gondomar. Pero iba indignado en sus adentros del trato que recibiera de los ingleses y dispuesto a proclamarlo en su país. Ni se le ocurrió gestionar —según era usual entre los embajadores católicos cuando se marchaban— la liberación de algunos sacerdotes; y como un correligionario le instase a hacerlo, respondió «que no iba en estado de pedir gracias». En cambio sí pidió al rey una licencia para llevarse sus perros y caballos y le fue negada. Y al contar aquél a Gondomar este lance, le dijo que a él le daría licencia semejante y aún más amplia, incluyendo halcones, para que quedase constancia de que «nunca había venido a Inglaterra embajador tan amado y respetado»; y así, en efecto, lo hará poco después.

De esta manera concluyó la historia. Gondomar escribía a Madrid que «la parte de España ha quedado firme y de buen aire en este puesto sin que del rey... ni de su embajador pueda quejarse nadie». Y añadía, muy complacido también, que el agente de los holandeses, «tan celebrado y magnífico embajador en otros siglos, anda por desvanes y desiertos sin ser oído ni visto desde que yo no quise consentir que asistiese en figura de embajador en mi presencia». Cuando, algún tiempo después, el 21 de noviembre de 1619, ya en España, envió al secretario Juan de Ciriza, a petición de éste, un informe sobre el estado de las cosas de Inglaterra (muy cambiadas desde entonces, según él) señalaba que, en el momento de su partida, «dejé roto aquel rey y reino con el de Francia y quitándose los embajadores y comercio de parte a parte»; y todo ello —añadía— y el vencer la precedencia por España, «me costó sumo cuidado y trabajo, y el hacer obrar en todo ello al rey de Inglaterra de manera que el de Francia no pudiese tener causa ni razón de sentimiento del rey nuestro señor». Quizá no fuesen del todo las cosas tal como él las contaba, pues Francia no podía eximir a España y a su emba-

⁵⁰ DIE. I, 239.

dor de la humillación sufrida. Pero no hay duda que Gondomar hizo cuanto pudo para que la carga principal de lo sucedido no recayese en España, sino en Inglaterra⁵¹.

Al pasar poco después por París, camino de España, Gondomar vio, entre otros personajes, al embajador Desmaretz. «con quien tuve la cuestión», y le sorprendió no poco que, «habiendo estado ayer más de dos horas conmigo muy amigablemente, ocupó lo más del tiempo en ponderar el agravio que el rey de Inglaterra le había hecho y su justificación y el derecho de la precedencia» del rey de Francia. Gondomar le respondió, riéndose, que, si no estaba dispuesto a darle la precedencia, se asombraba «de que, siendo tan valeroso y mozo y gallardo, hubiese intentado de entrar en batalla con viejo y enfermo»; y con este toque guasón, puso punto final a la entrevista y se despidieron ambos con muchos abrazos⁵².

La ausencia de Gondomar, al concluir su primera embajada, en julio de 1618, no supuso cambio en cuanto a la precedencia con Francia. Pues Fray Diego de la Fuente, que le sustituyó parcialmente, siguió exigiendo y obteniendo esa precedencia. Al salir el rey de una enfermedad, el español quiso visitarle y el 24 de abril de 1619 Buckingham le respondía en nombre de aquél, que, «usando de la privanza que no se concede a otros, lo podría hacer cada y cuando que quisiese sin aguardar a que me señale día». A La Fuente le pareció, de todos modos, que el embajador de Flandes debía verle antes, y así envió a decir al favorito que, por esta vez, le daba la precedencia «por justas consideraciones» (no dice cuáles), pero que no la daría al embajador que se aguardaba de Francia «por más marqués que fuese» (se trataba del marqués de Trenelle que llegaría el 11 de mayo). Y Buckingham refirió a La Fuente que, cuando le dijo al rey lo que éste expresó respecto al embajador francés, «lo rió mucho»⁵³.

Dos años después, el 18 de marzo de 1620 llegaba Gondomar a Londres para iniciar su segunda embajada. No hubo problemas con el embajador de Saboya, Gabaleone, que fue a verle y le habló con palabras de mucha cortesía. Pero sí los hubo con el de Venecia, Girolamo Lando, que procuraba perjudicar los intereses de España y el Imperio y que fue el primero que llamó «embajador del rey de Bohemia» al enviado del Palatino, barón de Dohna, «y le dio la precedencia en un banquete donde concurrió mucha gente y se le ha dado en todos los demás actos públicos» a pesar de que ni el rey ni sus ministros lo habían hecho, pues decía a menudo, según el criterio de su república, «que las materias de estado se han de preferir a las de religión», Gondomar estimó que debía hacerle un desaire; y, así, aunque, cuando llegó, el veneciano envió persona a saludarle de su parte y rogarle que le señalase hora para ir a verle, se excusó porque no aceptaba la igualdad «en las cortesías de palabra» que el veneciano pretendía, ofreciendo, en

⁵¹ DIE. I, 249, 240. II, 226.

⁵² DIE. II, 78.

⁵³ LA FUENTE a GONDOMAR, Londres, 14 de mayo de 1619, BP 551, fol. 136.

contrapartida, «muchas visitas por una y acompañarme y asistirme mucho». Don Diego juzgaba inadmisibles que un embajador de España llamase embajador al de Venecia aunque sólo fuese una vez al mes «que es con lo que él se contentaría»; y le hizo saber que no tenía razón y que le pedía cosa que él no podía ni debía hacer⁵⁴.

En cuanto al embajador de Francia, que lo era entonces el conde de Tillières, fue a ver a Gondomar al día siguiente de la llegada de éste. «Muestra ser bien intencionado... y así procuraré tener con él buena correspondencia», decía don Diego⁵⁵. Y le pagó la visita. Pero no tardó en suscitarse el inevitable incidente. El príncipe había organizado (para el 3 de abril de 1620) una justa en la que iba a ser el mantenedor, y el embajador de Francia había sido invitado a ella antes de que llegara Gondomar, Jacobo quiso que también éste asistiese y dispuso que se diese al francés un lugar a su mano derecha «en un aposento formado para esto, un poco apartado del rey», y al español se le situase «a su mano izquierda, en otro aposento más cerca del rey»; y mandó a preguntar a don Diego si estaba de acuerdo. Gondomar respondió que, pues habían señalado dos lugares, sólo iría bajo la condición que le dejaran escoger. Y tras varias negociaciones con algunos importantes cortesanos, terminó diciendo que no se contentaría «con menos que con la mano derecha, sin medidas ni interpretaciones, y así me lo ofrecieron».

El embajador de Francia puso el grito en el cielo, diciendo que le habían quitado el puesto que ya le fuera concedido. Se le propuso colocarle encima de donde estaba el rey, quedando Gondomar a la derecha de éste a su mismo nivel y más cerca. El español aceptó y el de Francia, al cabo, también aunque de mala gana, pensando lograr que su rival no fuese, y ocupar, en tal caso, su lugar. A tal fin, envió al de Saboya a ver a don Diego para decirle, como cosa suya, que, por el bien de la Cristiandad —nada menos— convenía evitar el grave caso que se suscitaba si iban los dos, y que el de Francia había aceptado la invitación pensando que Gondomar no iría a causa de sus achaques. «Y aunque su sermón duró más de dos horas», decía Gondomar, «la resolución que llevó de mí fue que yo había de ir, tomar el mejor lugar, como me tocaba, y sentarme en él». Al conocer Tillières la reacción del español, quedó desconcertado, consultó a varios personajes, examinó personalmente los lugares dispuestos y decidió no ir, excusándose al rey. El cual le envió a algunos de sus consejeros para rogarle, de su parte, con encarecimiento, que «no turbase día de tan gran fiesta y gusto» con su proceder; pero el francés manifestó que no podía concurrir a donde el embajador de España tuviese mejor lugar que él «ni podía ya estar en Inglaterra ni tratar más negocios de su rey pues el de Inglaterra le declaraba la guerra quitándole la reputación».

⁵⁴ DIE, II, 276, 283.

⁵⁵ DIE, II, 276.

Jacobo hizo saber por Digby a Gondomar lo que Tillières había respondido, dando por seguro que se produciría un enfrentamiento con Francia, y que quería saber «si tenía segura la amistad de España» que era lo que, por el momento, más interesaba al astuto Estuardo. Gondomar le contestó que sí, que era muy segura; y que si el rey de Francia rompía con él, lo haría sin fundamento.

Llegado el día de la fiesta, Gondomar se sentó en su lugar a la mano derecha del rey, y el embajador de Francia se quedó en su casa y se decía que estaba decidido a marcharse. «Pero quizá considerará mejor la resolución que ha de tomar», decía don Diego, «que el embajador pasado, que ahora, cuando pasé por París, me vio y me hizo, cierto, muchas cortesías». Los demás embajadores estuvieron en lugares de mucho menos respeto, el de Holanda no asistió y el de Saboya se excusó «por adular al de Francia». Gondomar, que siempre cuidaba los detalles, pidió a su rey que se comunicase al embajador de Inglaterra en Madrid, «en la forma que convenga», que el rey de España, enterado de lo sucedido, estimaba lo bien que su amo ha procedido en esto; porque «es ocasión», agrega, «de que parece se podía sacar fruto». Al final, se había tratado de que no fuese ninguno; «pero yo me resolví a ir», escribía don Diego, «sucudiese lo que sucediese, aunque estaba aquel día harto malo». Trillières, furioso, escribió a su rey dando cuenta del hecho en términos de gran pasión y reunió a los franceses que había en Londres, que eran muchos, para que conociesen la afrenta que había recibido su rey, pidiéndoles venganza contra los españoles. «Espero en Dios», concluía Gondomar en el informe que hizo sobre ello a su rey, «que, si me mataren, será de manera que no dañe a la precedencia de Vuestra Majestad»⁵⁶.

Dos días después, un domingo, el rey se fue en solemne procesión a San Pablo para dar gracias por haber salido con bien de una enfermedad. Le acompañaban los gremios, los dignatarios de la corte, prelados, guardas, el favorito Buckingham y el príncipe, todos vestidos de gala y con sus insignias, en nutrido cortejo. En la catedral lo recibieron, llevando sus trajes de grana, el Lord Mayor y los aldermen de la ciudad de Londres, aquél con su espada de justicia delante, que luego ofreció al rey. Jacobo, ya en el interior del templo, ocupó un sitio y se hincó de rodillas rezando un rato. Luego el obispo de Londres pronunció un sermón en que dijo que la visita del rey se debía a su deseo de agradecer a Dios el haberle librado de la grave enfermedad que tuviera el año anterior y, a la vez, hacer que la gente diese limosnas para reconstruir el templo que se estaba cayendo por algunas partes. Hubo luego colación en los aposentos del obispo y, tras ella, regreso a palacio con la misma ceremonia con que había ido, no sin que antes entregara el Lord Mayor setecientas libras de oro al rey y trescientas al príncipe. Por las calles que llevaban del palacio a la catedral se montaron, a uno y otro lado, vallas con gradas para que el numeroso público pudiese presenciar cómodamente el desfile. Lo que aquí nos interesa es que Gondomar fue a contemplarlo

⁵⁶ DIE, II, 299 ss.

privadamente desde una casa particular, y viendo, decía a su rey, «los que iban cerca del rey que mi gente estaba en los aposentos altos, y diciéndoselo, paró el caballo y quitó el sombrero, mirando a una parte y a otra si me veía; con que me obligó a correr la cortina de la ventana donde yo estaba y hacelle la cortesía que era justo, y él me la hizo con grandísima demostración y alegría, bajando la cabeza dos o tres veces, con el sombrero muy bajo, deteniéndose en esto un poco, de que aquí han hecho gran ponderación»⁵⁷.

En las Navidades de aquel mismo año de 1620, hubo los acostumbrados festejos y representaciones. Un embajador extraordinario de Francia dio una gran fiesta en honor del favorito Buckingham y, a su vez, le fue ofrecida una gran recepción. Hubo banquete y un torneo en que se lució el príncipe, al parecer más diestro en este ejercicio que en la danza. También en honor de ese embajador se representó el día de Reyes o Twelfth Night (según la cuenta inglesa, es decir, el 16 de enero de 1621) una nueva máscara de Ben Jonson, *News from the World Discovered in the Moone*, compuesta para el príncipe Carlos. No sabemos si Gondomar asistió a estos actos o si se lo impidieron sus achaques.

El acontecimiento más importante de 1621 fue la apertura del Parlamento, el tercero, de Jacobo, a fines de enero. El rey y el príncipe, con gran aparato, desfilaron a caballo desde Whitehall a Westminster, un breve trecho. Jacobo decía a la multitud que presenciaba el desfile: «Dios os bendiga» y saludaba a los personajes que estaban en las ventanas, uno de ellos Gondomar, a quien hizo una inclinación de cabeza⁵⁸.

A la fiesta de Reyes del 16 de enero de 1622, fue invitado Gondomar. Comentaba éste a su rey que era solemnidad a que acudía mucha gente, entre otros los embajadores, «por no haber capilla ni otro acto en que concurran». Jacobo invitó a don Diego dos días antes de que se celebrase, «continuando la precedencia que el embajador de V. M. ha asentado aquí con el de Francia». Aceptada la invitación, preguntó Jacobo a Gondomar qué haría con el de Francia y a ello le respondió que lo invitase también, pero diciéndole que iría el embajador de España «porque me holgaría mucho que el embajador se hallase en la fiesta, yo junto al rey, en el lugar que me tocaba, y el embajador junto a mí, que era lo que le tocaba». La víspera de la fiesta el rey mandó a Lewkenor, a invitar al conde de Tillières, diciéndole que también se había invitado al embajador de España. Tillières expresó que iría, si le era posible; pero, al cabo, se quedó en casa y envió a su mujer «porque ya se han cansado de las rodomontadas sobre este caso y del poco fruto que han sacado». A la embajadora le dieron el primer lugar como condesa de Francia delante de las de Inglaterra (doña Constanza se había quedado en España) y sólo le precedieron la marquesa de Buckingham y la duquesa de Lennox. A poco de llegar Gondomar, se fue al aposento de Buckingham a cenar con él y con su mujer, pero, al saberlo, el rey lo hizo

⁵⁷ DIE. II, 304 ss.

⁵⁸ HUNLEY, *o.c.*, 46, 55. CHUTE, *o.c.*, 260 ss.

llamar a su propio aposento, en el que estaba vestido de entresaca y con su bonete de noche, y le hizo quedar a cenar con él junto a su chimenea. Terminada la cena —refiere Gondomar—, se vistió el rey «delante de mí, muy galán, con muy notables perlas y diamantes, siendo el menor de algunos el que don Antonio de Portugal (el prior de Crato) vendió a la reina Isabel, que el rey me le mostró diciendome que le había dado cien mil escudos de oro por él. Yo puse la mano encima diciendo que la embargaba por mi rey pero que se le prestaba para que se honrase con él en aquella fiesta, con que después le restituyese» al rey de España, «de que él se rió harto y fuimos a ver la fiesta, que fue muy solemne porque el príncipe entró en ella y duraron las máscaras hasta cerca de las cinco de la mañana». «Yo estuve», continúa Gondomar, «en lo público de la fiesta en mi asiento pegado y junto con la silla en que estaba el rey, debajo del dosel, y delante de mí el embajador de Venecia, que me hizo grandes protestaciones de la servitud de su república» el rey de España «y de su deseo de tener conmigo buena correspondencia, porque no me visita ni yo le veo, por pretender en las cortesías de palabra lo que no se le debe ni es justo le dé.» Gondomar le respondía «en términos generales sin declararme en llamarle nada». Después de la pretensión del veneciano de igualarse con el español, que éste rechazara, quería ahora que, por lo menos, se le diera cierto tratamiento verbal, lo que tampoco fue aceptado⁵⁹. En estas fiestas de Twelfth Night de 1622 se puso en escena otra máscara de Ben Jonson, *The Masque of Augurs*. Comenzaba la pieza con una larga antimáscara, en prosa, cómica, que nada tenía que ver con la máscara propiamente dicha. En ésta, uno de los personajes comenta, justamente, en tono irónico, que cuanto más absurda era una antimáscara y más alejada estaba del objeto, a más espectadores gustaba. En esa representación, participó el príncipe y, entre otras cosas extravagantes, figuraba en ella una balada sobre los osos bailarines. Más tarde, en la cena de despedida que dieron en mayo a Gondomar los duques de Suffolk, volverá a representarse esta máscara; a esta fiesta asistieron también don Carlos Coloma, que iba a sustituirlo, y Tobie Mathew⁶⁰.

Pero la cuestión de la precedencia con Francia seguía aún coleando cuando Gondomar cesó en su segunda embajada, en ese mismo año de 1622. El 13 de abril había llegado a Londres como embajador extraordinario del emperador el conde de Schwarzenberg quien, procediendo como debía, visitó al embajador de España primero que al de Francia, «como lo han hecho», decía Gondomar, «todos los embajadores de reyes y príncipes que han venido a esta corte» sin que los de Francia se hubiesen quejado. Pero el conde de Tillières, quizá porque seguía amoscado, decidió desquitarse disculpándose de no pagarle la visita al representante del emperador. Y aunque Gondomar y Tillières, pese al incidente anterior, mantenían ahora buenas relaciones

⁵⁹ GONDOMAR A FELIPE IV. Londres, 31 de enero de 1622. BP 2108, doc. 119.

⁶⁰ CHUTE, *o.c.*, 278. BAMBOROUGH, J. B.: *Ben Jonson*, Tiptree, 1970, 75. PANTOR A.: «Un embajador de España en la escena inglesa». *Homenaje a Menéndez Pidal*, III, Madrid, 1925, 248.

personales «sin puntos ni ceremonias y le tengo por buen caballero», declaraba don Diego, «esta ofensa tan pública que hizo al embajador del emperador me forzó a dalle la pareja, excusándome de admitille su visita» de despedida «en la misma forma que él se excusó con el embajador del emperador, haciéndole demostración, con el más cortés término que supe, de mi obligación en esto y así lo ha parecido aquí al rey y a todos». Pero una vez conseguida su satisfacción de este modo, Gondomar dio el asunto por pasado y, en tal sentido, dijo a don Carlos Coloma que admitiese la visita del embajador de Francia y mantuviese con él una normal correspondencia.

Antes de suceder esto, habían hablado a Gondomar que aceptase que el embajador de Francia viese alguna fiesta en palacio y a ello respondió que, «como fuese fiesta que yo hubiese visto primero, si se volvía a hacer segunda vez», que lo invitasen y que él se excusaría o que se iría al campo para que el de Francia pudiese asistir. Don Diego se fue, en efecto, a su casa de campo y, estando allí, llegó Sir Lewis Lewkenor, para invitarle, de parte del rey, a un torneo que iba a celebrarse el 15 de abril. Gondomar le respondió «que aquello era fiesta en que yo, me había hallado muchas veces... y siempre había suplicado al príncipe que no volviera a justar más, aunque lo hacía tan bien, por los peligros y males que habíamos visto en este ejercicio, y que no sería bien aprobar con mi persona lo que había reprobado con mi aviso. Y que así suplicaba al rey que me tuviera por excusado y mandase al príncipe que no continuase aquel ejercicio».

El pretexto, aunque algo especioso, podía pasar, y el embajador de Francia fue invitado. Al cabo, el torneo no pudo celebrarse por lo mucho que llovió aquel día pero el embajador de Francia pretendió que la invitación recibida debía quedar en pie para la primera fiesta que se hiciese, cosa que Gondomar hubiese aceptado de no haber sucedido el incidente con el embajador del emperador de que antes hablamos y haber llegado el sucesor de Gondomar; «que con esto, y hacer el príncipe una muy solemne mascarada y fiesta pública en el palacio (entre el 8 y el 16 de mayo) y concurrir todo esto antes de mi partida, me pareció necesario que don Carlos Coloma y yo nos hallásemos presentes y así apliqué fuerza y negociación para ello, que no fue menester poca para vencer la que el embajador de Francia hizo... Don Carlos y yo fuimos y nos hallamos presentes al lado del rey, con que este punto de la precedencia parece que queda bien continuado»⁶¹.

El tema de las precedencias, siempre vigente en el terreno de la diplomacia —y en otros— alcanzó considerable importancia en la época barroca. En esta época, la forma, el signo, la metáfora, el símbolo tenían tanto o más valor que lo real subyacente. Era un mundo de máscaras y las cosas valían por lo que aparentaban; se luchaba a veces, con más empeño por las apariencias que por las realidades. Había que mantener el prestigio de la propia máscara —la imagen, diríamos hoy— y en ello no se regateaban sacrificios. Claro es que, por bajo de ese juego de máscaras, se ventilaban, en

⁶¹ GONDOMAR a FELIPE IV. Londres, 16 de mayo de 1622, BP 2108, doc. 64.

ocasiones, intereses muy concretos. Pero en otras se llegaba al fetichismo de la máscara y a considerarla como fin en sí, sacrificándole recursos y vidas. Un buen ejemplo de esta idolatría de la máscara —en nuestro caso, la precedencia— la ofrecen las instrucciones que se dieron a Gondomar para su primera embajada. El tono de estas instrucciones es, en general, cauteloso, suave, contemporizador, respondiendo a la política pacifista y moderada de Lerma y su círculo. Pero al llegar a la cuestión de las precedencias, el tono cambia de modo radical y se hace duro, intransigente y destemplado. Decíase allí que, como los embajadores de Francia hicieron en la corte de Londres «gran instancia, algunas veces, por preceder a los míos, alegando que tienen esta preeminencia en Roma y un auto de sentencia en su favor del Papa, habéis de saber que el conde de Villamediana, cuando estuvo en Inglaterra, respondió al conde de Salisbury, ya difunto, que le dijo esto, que la corona de Castilla y León, particularmente, no conocen más antigüedad que la suya en el mundo ni ningún ministro suyo se había dejado preceder ni jamás tal sería, *cuando sobre ello se rompiesen mil paces y se aventurase todo*, y que yo no tengo por juez competente al Papa en materia de precedencias como en la de religión, y que el rey de Francia no envía embajador en Alemania porque no le preceda el mío, y que algunas veces que han concurrido han llegado a las manos, y que así sería siempre, poniendo en condición a sus reyes, y yo lo aprobé al dicho conde y le ordené que llevase adelante aquella resolución sin hacer caso de la declaración que hizo el Papa; pues, de más de no ser juez competente de esta causa, están agora las cosas en muy diferente estado que en aquel tiempo pues se ha unido a esta corona la de Portugal y soy señor de las Españas, como antiguamente lo fueron los godos, y se extiende mi dominación así a las Indias orientales como a las occidentales, y así se debe tener muy diferente consideración. Vos lo llevad entendido para representarlo a aquel rey y a sus ministros en ocasión apropiada y gobernaros en las que se ofrecieren de manera que no se falte a la reputación que tanto conviene conservar en esos casos»⁶².

Sin embargo, no dejaba de haber en aquellos tiempos quienes se diesen cuenta de ese fetichismo y lo condenasen. El prestigio, la fama, la «reputación» debían subordinarse a los intereses sustanciales del país. Así decía Vera que «sería falta de prudencia aventurar el provechoso fruto del estado por la vana flor de las competencias»⁶³. Lo que hay es que, en ocasiones, los intereses básicos del país aconsejan endurecerse en una cuestión de precedencia. Es cosa que hay que saber calibrar con fino sentido político o diplomático. La pérdida de prestigio puede traducirse en perjuicios materiales. Gondomar lo sabía muy bien, pues decía que quien deja la honra por el provecho suele perder provecho y honra⁶⁴. «Suele»: pero no siempre. En descubrir cuándo será así, radica el arte. Y él lo tenía. «No ambassador ever apreciated

⁶² Madrid, 21 de agosto de 1612. BP 2183, doc. 2.

⁶³ *O.c.*, II, 43 v.

⁶⁴ *Tobío, o.c.*, 236.

better the advantages to be won from prestige and protocol, or exploited them more thoroughly» dice de él el gran historiador Mattingly⁶⁵. Hemos visto antes que, después de ganar un lance de precedencia, hablaba del «fruto» que esperaba sacar de ello. No se encandilaba, como tantos españoles de la época, con satisfacer la vanidad personal o de su país, el puntillo de amor propio, sino que iba al grano, era pragmático. Por eso, cuando estaba ya en España, en marzo de 1619, se quejaba a su rey de que no se hubiese aprovechado la desavenencia entre Francia e Inglaterra provocada por la cuestión de precedencia a que antes nos referimos. Pues «parece que hubiera sido bien», decía, «que, por parte de vuestra Majestad, o se ayudara a que se continuara la desavenencia o que, si hubiera composición, fuera por mano de vuestra Majestad, y más habiendo sido la queja del rey de Francia y el haber sacado su embajador de Inglaterra por haber dado aquel rey la precedencia al de vuestra Majestad». Para amigarlos, el duque de Saboya había enviado a un embajador. España se había dejado birlar la ocasión de servir de árbitro, que tan propiamente le correspondía⁶⁶.

⁶⁵ *Renaissance Diplomacy*, Londres, 1965, 250.

⁶⁶ *DIE*, II, 142.